

EL CULTO A LOS MUERTOS EN ALGUNOS CUENTOS DE RULFO

SONIA PEÑA

Universidad Nacional Autónoma de México
tesistrelw@yahoo.com.ar

Resumen

La actitud del mexicano ante la muerte, manifiesta en la celebración del Día de Muertos, refleja que la conquista española no arrancó las raíces de su ser íntimo. Los aztecas rendían culto a los muertos, como lo hacían los pueblos de la antigüedad grecolatina y de la cultura hebrea. El cuidado de los muertos responde a la necesidad humana de oponerse a la aniquilación completa. El tema de la muerte, que constituyó una obsesión para Rulfo, se muestra en “Luvina”, “Paso del Norte” y “Talpa”, en los que vemos el culto o el cuidado de los muertos. Para el mexicano, quienes han conseguido dejar atrás esta vida sin valor son seres superiores, por ese solo hecho. De ahí que les rinda homenaje.

Palabras clave: Muerte, culto, mexicano

Abstract

The Mexican attitude toward death, manifest in the celebration of the Day of the Dead, reflects how the Spanish conquest did not pull out the roots of the Mexican's intimate being. The Aztecs paid tribute to the dead, as did the Greek, Latin and Hebrew cultures. Taking care of the dead responds to the

human need to oppose complete annihilation. The theme of death, which was an obsession for Rulfo, is seen in “Luvina”, “Paso del Norte,” y “Talpa”, where we see the cult or the care of the dead. For the Mexican, those who have arranged to leave behind this worthless life are superior beings due to this fact alone. Hence he pays them homage.

Keywords: Death, paid tribute, mexican

Releyendo una tragedia de Sófocles me detengo en el prólogo a la misma. Allí afirma el director de la colección:

Todo espectador (o lector) de las tragedias griegas se ha quedado, se queda y se quedará siempre impactado por ellas. Las tragedias impresionan porque plantean problemas esenciales y universales, los problemas de la existencia humana en todas sus circunstancias.¹

Éste es el valor de aquellas obras que llamamos clásicos. Es bueno resaltar el verbo empleado en la citada introducción: el espectador-lector se ha quedado, se queda y se quedará impactado. Esto confirma que el clásico está destinado a perdurar por los siglos de los siglos. De generación en generación se conocerá la obra; por la eternidad perdurará para impactar a cada nuevo lector. Desde este concepto de clásico podemos desviar la mirada hacia Juan Rulfo. Miles y miles de páginas se han escrito sobre este autor y su obra; mucho se ha dicho, tanto, que uno tiene la sensación de que ya todo está escrito y de que no queda nada que agregar, pues lo que se diga resultará repetitivo. Sin embargo, cada nueva lectura abre el camino para encontrarnos con nosotros mismos, para explorar nuestras obsesiones más íntimas, valor éste, propio del clásico.

En general, la crítica ha visto en el autor jalisciense todos los atributos que se encuentran en las grandes obras universales. Se dice que Rulfo maneja la universalidad en sus temas partiendo de lo particular mexicano. Desde el dolor del campesino mexicano se proyecta hacia el Hombre.

La prolífica vida literaria de Juan Rulfo, y digo prolífica en el sentido de calidad, no de cantidad, ha sido analizada desde diversos puntos de vista. Los análisis van desde lo sociopolítico, lo antropológico, lo biográfico, lo psicológico, hasta lo ecológico. Hemos recorrido muchas de esas lecturas con agrado, otras no tanto, pero siempre con la sensación de que queda algo en el tintero, algo para aportar a las ya innumerables lecturas que a diario genera este autor. Aquí dedicaremos unas líneas al tema de la muerte. Para comenzar, me gustaría remontarme un año atrás. Acababa yo de llegar al país y ése iba a ser mi primer día de muertos en México. Lo que pasa por la mente de un extranjero, no tan lejano en la cultura, pero sí en la distancia, es indescriptible. Claro que lo indescriptible viene de toda la imaginería que se trae, producto de lecturas, documentales vistos, comentarios de amigos, etc. Lo cierto es que estas expectativas quedan muy alejadas de la realidad cuando se enfrenta ese mundo de altares, ofrendas, flores y cantos. Frente a una iglesia católica se puede apreciar todo tipo de ofrendas en honor de los difuntos. Y es ese sincretismo el que causa el primer impacto. Junto con

el desconcierto, se tiene la certeza de que la conquista no logró arrancar las raíces del ser íntimo de los mexicanos. Los intelectuales se enredan en discusiones filosóficas y antropológicas sobre lo que es ser mexicano, escriben libros de libros, ensayos de ensayos. Sin embargo, basta recorrer las calles un primero o un dos de noviembre para captar la esencia de este pueblo. El hombre común y corriente, el que está lejos de discusiones y foros académicos, el que cada dos de noviembre compra flores y prepara la comida preferida de su *muertito*, el que acude puntualmente al panteón para levantar la ofrenda del pariente, ése es el que mejor comprende, como sus antepasados precolombinos, que la muerte y la vida son dos caras de la misma moneda. Y por ello no se enreda en polémicas, libros o congresos. Sólo le basta cumplir con su muerto, cargar con él a cuestas.

Otra de las cosas que impactan al recién llegado es la naturalidad y el carácter festivo con que se toma aquí a la muerte. Mientras que en el sur del continente se considera tabú y hasta de mal gusto hacer bromas al respecto, en México se inundan las páginas del periódico con las llamadas calaveras, poemas y dichos que pueden ser dedicados a un ciudadano común y corriente, llegando al mismo presidente de la República. ¿A qué se debe esta burla? Octavio Paz ensaya *poéticamente* la respuesta: “El mexicano no le teme a la muerte porque la vida lo ha curado de espantos”.² Pero más allá de la opinión de Paz, creo que en el fondo el mexicano ríe de la muerte haciendo gala de una gran sabiduría, porque es plenamente consciente de que el hombre “es polvo, es sombra, es nada”. Sabe perfectamente que “los ríos todos van al mar, y el mar no se llena” (*Eclesiastés* 1, 7). Muy lejos estamos de captar esta conciencia los que vivimos la muerte en voz baja y en puntas de pie. Qué mejor, entonces, para un extranjero, que perderse en las plazas, los museos y los panteones un primero de noviembre para tratar de aprehender, aunque no sea más que un manojito de ese ramillete con olor a muerte, a conciencia de muerte y finitud de la vida.

Para sentir la vena rulfiana hay que venir a México, caminar por algún camposanto abandonado, de esos de los pueblos, donde los nombres se parecen a aquellos de las ánimas que pueblan Comala. Entonces, allí, profanando el nombre del hijo, podremos decir “Vine a Comala porque me dijeron...” que aquí encontraría un vagabundear de ánimas, un murmullo sordo que me guíe por los senderos de los muertos para poder así alivianarme de mis propios muertos, un Llano Grande donde pueda caminar horas y horas de la mano de Juan, no para explicar, sino para explicarme la muerte. Ésa es la propuesta de este trabajo, un intento de descifrar mis propias obsesiones, de tratar de “sacar los recuerdos de las barrancas”,³ para usar palabras del propio Rulfo.

Para el extranjero que visita estas tierras, es difícil entender el tributo del pueblo mexicano a la muerte sin ceder a la tentación de remontarse al pasado azteca. Acerca de la forma en que los mexicas sepultaban a sus muertos se dice:

Nada más que llegaba la muerte, el cadáver era preparado para llevarlo a la sepultura. La operación inicial consistía en introducirle una piedra de jade verde en la boca, pues se creía que era el mejor sustituto del corazón en su viaje por el otro mundo. Mientras se realizaba el amortajamiento, se llenaban unos tazones con comidas y bebidas, todos los cuales se introducían en el sepulcro.⁴

Probablemente de esta costumbre derive la actual de colocar comida y bebida en el altar u ofrenda que se levanta en honor al difunto, o aquella otra de visitar los camposantos para comer junto a la tumba.

Pero el tributo u homenaje al muerto no es exclusivo de la cultura azteca. En la *Odissea* y en la *Eneida* observamos el culto al cuerpo del amigo o pariente muerto; el drama se enfrenta cuando el cuerpo ha quedado insepulto, a merced de aves de rapiña y animales del campo. En *Antígona*, de Sófocles, se puede ver esta situación. Antígona desafía las leyes del Estado sepultando a su hermano dentro de los muros de la ciudad, a sabiendas de que esto le costará la vida. También encontramos un ejemplo parecido en la cultura hebrea. *El libro de Tobías* se asemeja bastante a la *Antígona* de Sófocles. Compuesto probablemente a fines del siglo III a.C., cuenta la historia de un judío, de los dispersos por todo el imperio helenístico. Tobías es un hombre que vive acorde a su ley aun estando fuera de Palestina, da de comer al hambriento y viste al desnudo; además, este judío piadoso agrega otra labor a sus obras de caridad: sepulta los cadáveres que el rey Senaquerib deja abandonados detrás de las murallas de Nínive. Cuando el rey muere, Tobías recupera la tranquilidad y los bienes que se le habían confiscado, pero otra vez cumplirá su misericordiosa tarea, al ser avisado sobre un cadáver abandonado en la plaza:

Quando se puso el sol fui, cavé una fosa y lo enterré. Mis vecinos me criticaban diciendo:

— Todavía no ha escarmentado. Y eso que lo buscaron para matarlo por una cosa así, y tuvo que huir. Pues mira, ya está de nuevo enterrando muertos (*Tobías*, 2, 7-8).

Ese deber para con los muertos también lo encontramos en la obra de Rulfo. Muchas veces se ha dicho que el autor de *Pedro Páramo* tenía obsesión por este tema. Recuerdo haber leído en algún ensayo lo desconcertante que resultaba a veces cuando en medio de una charla salía con que “por tal lugar están desenterrando los muertos”. Y es que este hombre que hablaba consigo mismo como única forma posible de diálogo, incursionaba en sus noches de insomnio en el alma humana. Tal vez en la literatura, donde la libertad se apodera de los personajes, sea posible responder a íntimas obsesiones. Porque para Rulfo la muerte fue más que una mera verdad metafísica.

En Rulfo, el culto a los muertos es tan dramático como en *Antígona* o en *El libro de Tobías*. El cuento que ofrece mejor ejemplo es “Luvina”. En él, el maestro quiere convencer a los habitantes del pueblo de que abandonen Luvina porque ese lugar terminará con ellos, olvidados por completo del mundo. La respuesta de los luvinenses es tajante:

— Tú nos quieres decir que dejemos Luvina porque, según tú, ya estuvo bueno de aguantar hambres sin necesidad —me dijeron—. Pero si nosotros nos vamos, ¿quién se llevará a nuestros muertos? Ellos viven aquí y no podemos dejarlos solos.⁵

En la obra de Rulfo los muertos están vivos, sólo han dejado de ser vistos. Por eso es necesario procurarles todo el bienestar que sea posible, incluso quedarse haciéndoles compañía, aunque esto perjudique a los familiares vivos, como es el caso de los habitantes de Luvina.

En otros textos aparece cierto tono de ironía, pero en el fondo se puede apreciar el cuidado de los parientes o amigos. Aunque en “Talpa” los culpables de la muerte de Tanilo sean su hermano y su mujer, al finalizar el cuento se observa a ambos echando piedras sobre la sepultura “para que no lo fueran a desenterrar los animales del campo”.⁶ ¿No los mueve en el fondo la misma preocupación de Antígona? Se me dirá que lo que ellos hacen es enterrar muy hondo el recuerdo de Tanilo, interpretación aceptable ésta, pero la acción en sí conlleva en el fondo el mismo principio que guiaba a Tobías: la piedad hacia los muertos, aun a pesar de que fueron ellos los que lo llevaron a ese fin. Porque si llegaron a tanto, podrían haber abandonado el cuerpo a la buena de Dios; sin embargo, la ley de Antígona se impone una vez más. En “Paso del Norte”, dos amigos tratan de cruzar el río para buscar mejor suerte en Estados Unidos. Uno de ellos es asesinado por la policía; el otro, al ser interrogado por el agente de migración responde: “Pos estoy cuidando este muertito”.⁷ Fidelidad al cuerpo del amigo muerto, camaradería hacia el que se fue pero está presente; culto al difunto. El diminutivo *muertito* es usado con frecuencia en los textos de Rulfo. A veces, con el fin de enternecer el discurso del personaje, como en este caso; otras veces está cargado de un tono sarcástico, como en “La Cuesta de las Comadres”.

En “La noche que lo dejaron solo” se ve una muestra de los estragos que causó la Guerra Cristera. Una de las imágenes de esta época es sin duda la de los colgados en los postes de los caminos. Quienes los colgaban sabían que dejar a merced de las aves de rapiña los cuerpos de los seres queridos es una de las mayores ofensas. Rulfo habló muchas veces de esa imagen.

En una entrevista con Luis Harss, el jalisciense se refiere al culto a los muertos, remontándose a su pueblo. Habla con voz arrastrada, triste. Recuerda, inventa tal vez:

“Los antepasados son algo que los liga al lugar, al pueblo. Ellos no quieren abandonar a sus muertos.” A veces cuando se van cargan con ellos. “Llevan sus muertos a cuestras.” Y hasta cuando los abandonan, de alguna manera siguen acarreándolos.⁸

Desde la *Odisea* y la *Eneida*, pasando por *Antígona* y el *Antiguo Testamento*, hasta llegar a Rulfo, vemos que los seres humanos estamos ligados, endeudados con nuestros muertos. A diferencia de los textos griego y hebreo, en Rulfo no basta con sepultar a los muertos, hay que quedarse al

lado de ellos, honrarlos con nuestra presencia, velar por nuestros difuntos mientras tengamos un soplo de vida.

Para Unamuno, el hombre es un animal guardamuertos –juntacadáveres, diría Onetti–, y a la pregunta de por qué los guarda o de qué los protege, responde don Miguel que “la pobre conciencia huye de su propia aniquilación”.⁹ Estamos constantemente huyendo de la aniquilación completa. Por ello somos animales guardamuertos. Con la esperanza de un futuro en el que las almas vuelvan a sus cuerpos y vivan la eternidad. Acaso Rulfo condense en sus escritos todo el misterio que encierra el ser humano, y por ello es un clásico, a la misma altura de *Antígona* o la *Eneida*.

Quizás de la lectura de Rulfo se puede deducir la respuesta a la pregunta de por qué el mexicano no le teme a la muerte. La encontramos en boca de Gamaliel, quien, “sentado sobre el mostrador, maldijo a su madre, se maldijo a sí mismo y maldijo infinitas veces a la vida, ‘que valía un puro carajo’”.¹⁰ Tal vez por ello México se desborde en el festejo a sus muertos. Si esta vida vale un puro carajo, qué mejor que festejar a aquellos que ya se han librado de sus males, qué mejor que burlarse de esa realidad desconocida, en el fondo anhelada. Rulfo invocó a la muerte para aligerar así la carga de la existencia, para sacar los recuerdos de las barrancas a través de la literatura.

En el fondo, todos somos como los habitantes que describe Rulfo. Andamos de aquí para allá con nuestros muertos a la espalda, cual Eneas eterno, y aun cuando los abandonamos, los seguimos cargando.

Quizás el aire angustiado de Rulfo se debía a que llevaba a cuestas todos sus muertos. Tal vez era con ellos con quienes dialogaba mientras cruzaba las calles que lo llevaban al Instituto Indigenista para cumplir con faenas de la vida ordinaria. Porque él mejor que nadie supo que “*los muertos pesan más que los vivos; lo aplastan a uno*”.¹¹

NOTAS

- 1 Antonio Alegre Gorri, “Prólogo” a *Sófocles. Tragedias*, p. 5.
- 2 Octavio Paz, *El laberinto de la soledad...*, p. 63.
- 3 Sergio López Mena, *Perfil de Juan Rulfo*, p. 66.
- 4 Manuel Yáñez Solana, *Los aztecas*, p. 128.
- 5 Juan Rulfo, *El Llano en llamas*, p. 120.
- 6 *Idem*, p. 81,
- 7 *Idem*, p. 130.
- 8 Luis Harss, “Juan Rulfo o la pena sin nombre”, pp. 305-306.

- 9 Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*, p. 46.
10 Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, p. 173.
11 Juan Rulfo, *El Llano en llamas*, p. 61.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Biblia de América*, Madrid: La Casa de la Biblia, 1997.
- Hars, Luis, “Juan Rulfo o la pena sin nombre”, en *Los nuestros*, 2ª. ed., Buenos Aires: Sudamericana, 1968, pp. 301-337.
- López Mena, Sergio, *Perfil de Juan Rulfo*, México: Praxis, 2001.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta al laberinto de la soledad*. México: FCE, 2000.
- Rulfo, Juan, *El Llano en llamas*, 14ª. ed., a cargo de Carlos Blanco Aguinaga, Madrid: Cátedra, 2003 (Letras Hispánicas, 218).
- _____. *Pedro Páramo*, 16ª. ed., a cargo de José Carlos González Boixo, Madrid: Cátedra, 2002 (Letras Hispánicas, 189).
- Sófocles, *Tragedias*, edición, traducción y prólogo de Antonio Alegre Gorri, Barcelona: Planeta-De Agostini, 1992.
- Unamuno, Miguel de, *Del sentimiento trágico de la vida*, México, Artemisa, 1986.
- Yáñez Solana, Manuel. *Los aztecas*, Madrid: M.E. Editores, 1996.